

MS 385
9681 1764
c.1

Viernes 29 de Agosto de 1919

LLUVIA DE HIJOS

Cuando aún no se extinguía el eco de la última campanada del reloj, anunciando las doce de la noche, un hombre flaco, de rostro demacrado, revuelta cabellera, y ojos a la vez espantados y llorosos, entró violentamente a mi oficina.

-Señor, me sucede algo horrible...

Solté la pluma para mirar al extraño visitante.

-¿Lo ha asaltado a usted?

-Mucho peor que eso, señor. Yo soy casado...

-Algo es eso; pero no es para tanto. Una mujer amable, simpática, inteligente, como sin duda lo será la suya, - está muy lejos de ser una desgracia...

-Si, señor... Pero ciento cincuenta mujeres, y todas pobres, todas con hijos, todas desgraciadas...

-¿Ciento cincuenta?

-Si, señor, ni más ni menos... La mitad que el rey Salomón y doce más que el sultán de Turquía. ¡Y en estos tiempos de crisis!

-¡....!

-Me imagino la idea que formará usted de mí. A estas horas me tomará por un loco, o se creará en presencia de un mormón. Pero yo no le miento, no le exagero.

-Y ¿cómo ha vivido usted hasta ahora con ese regimiento conyugal?

-De la caridad pública, señor; de la inagotable bondad de todos los santiaguinos. Desgraciadamente, ahora no me alcanza. Mi hogar ha sido excesivamente prolífico, y el año que pasó he tenido muchos más niños que mujeres...

-¡Pero eso es una atrocidad!

-Será lo que usted quiera... Lo cierto es que actualmente tengo en mi casa 7,650 niños. Y usted sabe lo que es alimentar 7,650 chicos, preparar 7,650 mamaderas, calentar otros tantos baños.

-¡Demonios! ¿Cómo los atiende usted?

-A fuerza de orden y de regimen y de sacrificios.

-Pero le ayudarán a usted otras personas.

- Si, señor, unas cuantas señoras abnegadas y unas pocas religiosas - hasta a los conventos he tenido que acudir - que, sin remuneración alguna, se sacrifican, trabaja, cuidan a los niños, les preparan su comida, les dan medicinas a los enfermitos... porque ¡si viera usted en el estado en que nacen muchas de esas criaturas! Por mi parte, yo hago todo lo que puedo. La organización de mi casa es admirable. En una sala larga, pongo a todos los chicos cuyas madres no los han abandonado; en otra, los que carecen de esa dicha; más allá he puesto un hospital ¡si señor! un verdadero hospital, con botiquín, médico y remedios... ¿A qué seguir relatándole? Con decirle que una casa no me ha sido bastante y he tenido que abrir una serie, distribuidas en toda la ciudad, para darles a los chicos mamaderas y bañarlos y atenderlos....

¿Sabe cuántos biberones quebré el año pasado?! Treinta y nueve mil seiscientos!

Yo miraba con ojos cada vez más espantados al extraños visitante, mientras él seguía hablándome más y más agitado.

-Y piense usted, señor, en estos tiempos de crisis. No tengo cómo alimentar a los niños; no puedo, tampoco, echarlos a la calle. Y los chicos lloran, tienden sus manecitas y se agitan en las cunas pidiendo que comer. Ahora mismo, cuando salí de mi casa, había cuarenta niños llorando sin consuelo... ¡Qué padre puede resistir un tormento semejante! Y pensar que para darles alimentos, durante el año que viene, necesito reunir doscientos mil pesos!

-Pero, ¿de dónde va a sacarlos?

-¿De dónde? De la caridad. Pienso hacer una colecta el día

3 de Septiembre.

Sólo entonces comprendí que el abnegado padre, era el Patronato de la Infancia en persona.

Y al pensar en la obra que esta noble institución realiza, nadie habrá que deje de pensar: dignos de toda admiración son los padres que, cargados de numerosa familia y con escasos recursos, hacen toda clase de sacrificios para mantenerlos y educarlos; pero hacerse voluntariamente padres de los niños desventurados, buscar la orfandad y la pobreza, solicitar el sacrificio, es algo tan noble y tan alto que sobrepasa todo heroísmo.

!Que esta impresión del público no se quede en mero sentimiento, sino que se traduzca en generosa dádiva en la colecta del 3 de Septiembre!

P.

CELICH UC

Centro de Estudios de Literatura Chilena

Pontificia Universidad Católica de Chile